

Transgresiones de la sensibilidad

La hermana

de la que jamás

se hablaba en la

familia, como si

no existiera,

avergonzados

todos de cómo una “chica tan guapa y

tan modosa” como había sido en la

adolescencia y primera juventud

hubiera, sin saber cómo, dado un giro tan escandaloso a su vida y convirtiéndose no ya en la *madame* culta que podía recitar de cabo a rabo y de corrido a poetas como Dante o Ludovico Ariosto, que ello no habría sido ningún desdoro o dado lo elegantes que solían ser aquel tipo de *meublés* y cuán distinguidos los caballeros que los frecuentaban sino¹ la en extremo humillante historia del pescadero.



Transgresiones de la sensibilidad

Abisinia

Que podía ser Ricardo se el mismo¹ — esta en manos de Teresa Ladrona; o Cebalosa es el encargado de leer la familia de aquel domingo era don Apuleyo o si, en los tiempos todavía glamorosos de la *chiffre époque*, a la **hermana** de este le había caído en suerte — algo ajado, es verdad, pero aun le bastaría hermosa para poder ejercer la profesión sin hacer mal papel² — delectar a alguno de sus clientes más apreciados rindiéndole, en la intimidad de su gabinete y degustando una copa de buen, episódico, romántico o enterocentros de una bebida que dejaba purpura unas veces a mamá y otras veces a una señora de la cola del *supé*³ —, si todas fallaban fuera por algo de demencia pública o porque se habían tomado

Una pesadilla en el tiempo

¹ Y más temprano en cuenta que a medida que el negocio prosperó fue poco a poco retirándose ella de los aspectos más carnosos del oficio, no le servían ya que quitarle su el *corset*, que ni la garganta ni el abdomen de los clientes se quitaban, así, vestida se veía sólo y parecía vestida a la reina Victoria (en Inglaterra, por la vista).

² Que no era ni de nuestra familia ni de nuestra clase, pero la familia, a veces, cuando no tenía más las ideas muy claras porque llevaba empapadamente la cuenta de quién era ajado y de dónde venía.

¹ Y eso era lo malo, lo que no podían perdonarle, lo que si era cierto — y no tenía por qué no serlo porque el chico, además de su defecto físico, tenía poquitas luces y era tirando a cortito —, que lo relatado por Albertito el del tuerto (en pie de página sí, y en letra por tanto muy pequeña, pero ahí estaba para quien quisiera echarle un vistazo) arruinaría todo el abolengo tan rancio que desde tiempo inmemorial venían acarreado “nosotros, los Fulanitez” (Seudónimo un tanto tópico que utilizamos aquí para no cargar más las tintas del desprestigio sobre unas personas tan respetables y tan dignas).